

urdimbre, á su izquierda la riente Aurora trocada en una especie de furia y mesándose los cabellos, y por todos lados mujeres asiáticas, las cuales, ya llevan esplendente antorcha, ya sacro cysto, ya vasos de libaciones, y se dirigen á un altar fúnebre. Como se ve, Grecia no tenía otro defensor como Aquiles. Él acabó con Héctor, la más alta y segura fortaleza de Troya; él, con las fuertes amazonas; él, con los hijos de la feroz Etiopía, personificación verdadera del viejo y poderoso heroísmo heleno.

Pero también el héroe debía morir, que no estaba exento del común destino á los mortales reservado por el cielo. De aquí la tristeza que asaltó á su madre Tetis cuando la llevaran, mal de su grado, á las nupcias con un hombre perecedero. Su amor divino, acostumbrado á la inmortalidad ¡ay! debía generar la muerte. Bañólo en la Estigia para que viviese invulnerable, y por su talón, por el talón olvidado, especie de raíz, uníase con todos cuantos pasan al sepulcro desde la cuna. Por este frágil talón entró en sus venas el frío de la muerte. Y murió, no á manos de ningún héroe, que le honrara matándole, á manos del más débil entre todos sus enemigos, á manos del voluptuoso Paris. Una flecha despedida por éste desde Ilion al campo griego encontró el talón de Aquiles. Varias antiguas esculturas nos presentan al héroe arrancán-

dose la flecha, pero con tan poca fortuna, que también se arrancó la vida. Magníficos juegos fúnebres honraron su memoria. Hubo en ellos ejercicios atléticos, competencias de carros bélicos, luchas y combates, mil porfías, tras las que le decretaban al vencedor afortunado magníficas armas. Ulises y Ajax disputaron por las armaduras de Aquiles. No sabiendo á quién darlas en aquella igual disputa, los reyes y las asambleas encargaron á los dos que altercasen mutuamente sobre sus títulos, é informasen de palabra como abogados naturales de sí mismos en aquel gran litigio. Ulises presentó á la consideración pública los servicios prestados por sus múltiples perfidias, y Ajax presentó los servicios prestados en sus múltiples combates. Valeroso éste, no podía sufrir que lo comparasen de ningún modo con el que huyera un día en el campo ante la sombra del animoso Héctor, mientras él impidió la quema por Héctor de las naves griegas. Al uno érale tan difícil hablar bien y proceder mal, como al otro hablar mal y proceder bien. Ajax, después de haber presentado un paralelo entre las palabras del uno y las acciones del otro, creyó imposible todo desconocimiento y olvido ingratos de sus gloriosas hazañas. En efecto, al concluir la enumeración de sus títulos Ajax, todo el concurso estaba en su pro; mas así que habló Ulises, como su elo-

cuencia tuviese tanta fuerza, llevóse consigo á los más resueltos, alcanzando para sí, por unánime voto, el inmediato donativo de las armas. Ajax perdió el juicio á este golpe. Ciego por su locura, perseguía él, tan generoso, á todos cuantos al paso topaba. Su furor llegó hasta herir é inmolar mansos corderos. En un raptó de aquella súbita demencia se traspasó el pecho con su propia espada, y murió suicida. Calcas atribuyó el fin desastroso de Ajax á su ateísmo. Suya es aquella invocación á los dioses, y especialmente á Júpiter, de los dos hermanos: «Dadnos luz y pelearemos contra ti.» Como una vez le dijera su padre que pensara en vencer con auxilio de los dioses, él contestó: «Con los dioses, hasta un cobarde triunfa. Yo no libro ninguna esperanza en su auxilio.» Queriendo una vez aconsejarle y socorrerle Minerva, Ajax rechazó su auxilio. Por eso creyó Calcas, y aun repitió Sófocles, que había muerto Ajax tan miserablemente.

Íbanse á cumplir las seis condiciones fatales anunciadas por los dioses antiguos para la caída terrible de Troya. Hubo en el ejército griego un descendiente de Aco; Filoctetes hiere á Paris y lo mata con las flechas regaladas por el divino Hércules; Diómedes arrebató el paladio de Troya, la efigie de Minerva, degollando á la sacerdotisa que velaba

por la diosa; Ulises roba los caballos del rey tracio Reso, ido en socorro de Príamo, é impide que beban agua del Xanto, la cual debía darles indudable victoria sobre Grecia; Troilo, último hijo de Príamo, fenece á la mordedura de un dardo; Itefeó, rey de Misia, entra en el ejército griego. Habíanse, pues, cumplido todos los augurios señalados por los adivinos como indudables anuncios de que Troya no podía resistir por mucho tiempo al empuje de sus enemigos. Y, sin embargo, nunca los troyanos en tantas insidencias habíanse creído tan seguros como en aquel entonces. A manera de los moribundos, que recobran el día de su muerte mucha fuerza y sienten renacer su vida y retornar su salud, Troya en vísperas de su incendio se imaginó que nunca jamás llegaría el enemigo á su bien murado seno, y que todo su esfuerzo estaba ya perdido en aquellos diez terribles años de larga y porfiadísima lucha.

La ruina de Troya ocupa todo el segundo libro de Virgilio, quien, después de haber cantado la vida rural en sus *Geórgicas*, en su *Eneida*, canta los combates y los dolores que precedieron á la fundación de Roma.

*Ille ego, qui quondam, gracili modulatus avena.*

Hemos dicho muchas veces que las escenas del

poema homérico habían pasado á la vida común; pues bien, las escenas de la virgiliana epopeya han ido más lejos todavía, y han pasado al común lenguaje. Sus versos entran lo mismo en los discursos solemnes de las iglesias y de los parlamentos que al hablar dentro de la vida ordinaria en la más vulgar conversación. La boca cerrada y el oído atento de quien escucha un relato intensísimo hállase á cada paso repetida en la lengua vulgar por este verso:

*Contincuere omnes, intentique ora tenebant.*

Para pintar la crueldad con que los vencidos eran tratados en el mundo clásico, se dice también este verso:

*Una salus victis, nullam esperare salutem.*

Lo mismo decimos del verso en que Virgilio recuerda sus destinos á la Ciudad Eterna:

*Te regere imperio populos, romane, memento.*

Cuando hasta los menos industriados en las artes y ciencias literarias conocen de memoria todos estos versos de Virgilio, ¿quién pretendería renovar su relato ni decir cosa que no estuviese ya olvidada por completo de puro sabida? El caballo de Troya entra en los coloquios más populares y lo

recuerda todo el mundo. Siempre que se tropieza con cualquier dón sospechoso, dicen los labios este verso virgiliano, sin acordarse casi de lo que dicen:

*Timeo danaos, et dona ferentes.*

Nosotros no reproduciríamos estas escenas, universalmente sabidas en el mundo culto, sin los deberes de biógrafo exacto contraídos con la misma persona biografiada y con el público á quien se industria en todo lo relativo al desarrollo de una gran existencia. Faltaría mucho á los conceptos fundamentales que deben allegarse de mujeres como Helena, si faltase la consecuencia primera y más inmediata de su culpa, la ruina de Troya. Y desacataría ciertamente á la conciencia humana quien tratase de innovar en aquello que ha obrado el genio y á cuya majestad y grandeza no podríamos nosotros atrevernos en nuestra pequeñez sin cometer una verdadera irreverencia. Resumamos, pues, toscamente la imperecedera narración de Virgilio:

*Infandum, regina, jubes renovare dolorem.*

Agotados por la guerra, exhaustos de fuerzas y de sangre, miseros y enfermos, advertidos ya por la fatalidad y tras dos lustros de vanos esfuer-

zos, los griegos fingen ceder en su empresa y retirarse de aquel cerco, dejando tan sólo una ofrenda inolvidable á la divina Palas, tan atenta de suyo á los guerreros y tan solícita en acudir á los combates. Consiste la ofrenda en gigante caballo, todo hecho de pino, y tan alto como una montaña, que deben dejar, si la diosa del combate y del esfuerzo ha de prosperar su vuelta indispensable á los patrios hogares. Pero ¡ahl que aquella máquina de religión y de culto era en el fondo solamente una máquina de guerra y estrategia. Innumerables griegos se ocultaban en sus entrañas, armados con todas armas y dispuestos á salir de allí como abortos de los abismos infernales, á incendiar y destruir la confiada Troya. Frente á Ilion se alza una isleta, famosa en otro tiempo por su fecundidad y por su nombre, Tenedos, rada en la sazón que vamos historiando completamente abandonada para supremo refugio de los marinos desorientados y errantes. Pues allí se ocultan los griegos, limpiando con esta estratagema todas aquellas cercanías, no sólo de su presencia, de sus naves, y de sus tiendas, y de sus campamentos, que habían vomitado mil veces la muerte. Troada respira, Ilion se abre, Troya se regocija y engalana, el antes ensangrentado mar sonríe y por todas partes rebrota la esperanza. Viendo aquel colosal simulacro proponen

muchos troyanos, en obsequio de Minerva, conducirlo dentro de Troya. Laocoonte, con especialidad, aconsejaba la desconfianza y despedía dardos que iban á clavarse rápidos en las entrañas del monstruo. Pero un día que Laocoonte sacrificaba un toro en las aras de Neptuno, dos grandísimas serpientes, de Tenedos venidas, lánzase desde las ondas en que han levantado espesas nubes de blancas espumas, y relampagueantes los ojos, abiertas las fauces, agitadas las lenguas como un dardo, exhalando entre silbidos siniestros alientos de muerte, rojas como la sangre, ligeras como la llama, lánzase á una sobre los cuerpos de Laocoonte y de sus hijos, á sus miembros se asen y enroscan furiosas, oprimiéndolos con sus frías escamas y levantando su cuello sobre las cabezas de los míseros mortales, hasta que, después de haber mugido como toros alanceados en frenesíes de rabia y en espasmos de furor, devoran la carne de aquellos tres cuerpos ahogados y arrojan sus esqueletos raídos como en cumplimiento de una implacable celestial venganza. El fin trágico de Laocoonte ha pasado á la posteridad en versos inmortales de la virgiliana *Eneida* y en grupos inmortales también de la clásica escultura.

Augurios innumerables presagiaron á Troya su desastroso fin. Casandra, la más bella entre todas

las hijas de Príamo, recibió largo tiempo los homenajes de Apolo, que deseaba con ella casarse. Mientras fueron rendidos y amorosos novios, recibió Casandra, en regalo, de su amador, el dón de profecía; pero, como al llegar la hora de casarse, Casandra rehusara dar su mano al dios, éste, que no había podido revocar la prerrogativa ya dada, frustróla de bien singular manera, sugiriendo á los hombres la idea de no creer jamás los pronósticos expresados por Casandra. Así la joven se deshacía en lamentos y nadie la escuchaba. Desde torre altísima, tendidos los brazos al sitio donde se hallaba el colosal caballo, fuera de las órbitas los ojos, crispadas las manos, trémulo todo el cuerpo, como veía los griegos dentro de la máquina, comunicábalo así á los confiadísimos troyanos en voces repetidas y agudas, pero nadie la escuchaba. Unido á esto el fatal acaecimiento de la muerte dada por los monstruos recién abortados por el mar á Laocoonte, quien hiriera el caballo, Troya no podía menos que sufrir engaño terrible y creer el grande simulacro una religiosa ofrenda y una suprema despedida. A mayor abundamiento, llegó el pérfido y embustero Sidón dándose por griego, pues no podía ocultarlo, pero también por disidente de los griegos y herido á sus manos, como patentizaba en su maltrecho y magullado cuerpo. Este redomado traidor mintió

cuanto pudo para persuadir al ingreso de la máquina fatal dentro de la fuerte Ilion. Suponiéndose víctima consagrada por los suyos á los dioses para granjearse al zarpar feliz navegación, encareció tanto sus angustias en la preparación del sacrificio y sus esfuerzos al romper las ligaduras, que le tomaron ya por griego renegado y por seguro asiático, desligándolo como á un ciudadano de Troya y ofreciéndole en adoptiva patria hogar grato y nuevo. Y no había para menos, porque á todas horas contaba cómo los griegos se habían perdido al robar el *Paladium* de Minerva, y cómo, ya perdidos, habían dejado en obsequio á la diosa del saber aquella máquina que, una vez en Troya, prosperaría su existencia. El desprecio á los augurios de Casandra y el asentimiento á los embustes de Sidón, las interpretaciones dadas al triste caso de Laocoonte, determinaron unánime resolución de todo el pueblo, quien, anheloso por satisfacer á los dioses y alejar á los enemigos, abrió ancha brecha en sus muros, bridó con fuerte cable al caballo y lo condujo entre cánticos de mancebos y danzas de vírgenes al seguro de su inexpugnable fortaleza.

¡Noche terrible la que sucedió á tal procesión! Esclarecidos por mustia luna los griegos abordaron á las riberas de Troya desde las riberas de Tenedos. Sidón abrió la puerta simulada que tenía el

caballo en su vientre, dejando paso á los allí aislados, quienes bien pronto mataron la guarnición y tuvieron la fortaleza. Corrían las primeras horas del sueño. Al natural sopor prestado por este diario descanso uníanse aquella noche los pesados sópores traídos por los excesos de la bebida escanciada en la fiesta sacratísima y en la procesión religiosa. Alguien vió en sueños á Héctor triste, mal sostenido sobre sus piés hinchados por las correas de Aquiles, extintos de dolor los ojos, acribillados por dardos todos los músculos, la barba descompuesta y maculada con cuajarones de sangre; pero no le atendieron, como no atendieron al esfuerzo de Laocoonte y al plañido de Casandra. La fortaleza Ilion está ya por los griegos; la ciudad Troya les abre las puertas. Y aunque las tuviera cerradas, no sería cosa importante, si atendemos á la brecha franca recientemente abierta para procurar el paso á la máquina, donde va encerrado el más terrible y el más célebre dolo que han cometido los hombres. En efecto, el saco, el incendio, la matanza, el exterminio comienzan; caen las paredes y ruedan las piedras entre grandes erupciones de brasas y nubes rojizas de humo tempestuoso y de llamas voraces, como si bandadas múltiples de nubes eléctricas fulminantes hubiéranse lanzado sobre aquel suelo maldito; tórnanse irrespirables los aires

á la densidad espesísima de tantos vapores como los abrasan; el cielo se oculta y las estrellas se apagan como tras velo fúnebre; por aquí se oye un lloro de niño, por allá un grito de mujer; el resuello de la virgen violada sobre los tálamos honradísimos de sus padres únense al extertor de los moribundos recién caídos al pie de sus altares; de un lado singulares combates en que mueren todos los combatientes, de otro lado terribles defensas que matan para devolver el odio con el odio y aumentar el universal horror; aquí asaltos animados por la cólera y suicidios allí en los arrebatos de la desesperación, pues diríase que la tempestad con sus lluvias de fuego, las tormentas con sus trombas oceánicas, la peste con sus alientos asoladores, el terremoto con sus bostezos asesinos, habíanse reunido allí para destrozar á Troya, la cual en pocas horas tornóse colossal hoguera, próxima y muy próxima de suyo á reducirse tan sólo á un frío montón de cenizas, en el cual no se hallaran ni siquiera sus viejas y sacrosantas ruinas.

No estaba en aquel supremo encuentro el feroz Aquiles, pero estaba su Pirro. Un descendiente, como querían los oráculos, del viejo Eaco, asistía en aquel momento á la última noche de Troya. Pirro fué por Aquiles engendrado y con sus mismos furros nacido. Él se dirigió, pues, al palacio de Pría-

mo para concluir la obra comenzada por su padre. Precipitóse al escaló formando la terrible tortuga helénica. Corren las escalas por todas las paredes, y por ellas gatean todos los sitiadores, guarecidos bajo su escudo para preservarse la cabeza y sin mirar siquiera dónde ponen los piés. Los objetos más ricos del palacio, muebles, armaduras, estatuas, ruedan sobre los asaltantes y aplastan á muchos. Una torre, que se levantaba erguida sobre aquel vasto monumento, como un observatorio reservado á sus vigilantes guardias, cae con estrépito sobre los combatientes. Pirro, de pie y airado en el vestibulo, resplandeciente con su armadura de acero que al fulgor del incendio reflejado en sus brillantes aristas esplende y relumbra, el hacha en la mano, las puertas del palacio recién derruídas á los piés, parece como el genio de la desolación entre los horrores de la guerra. Pero todo es pálido junto á la tragedia de aquel interior siniestro, en el cual llegan los dolores humanos á su colmo. Mientras unos defienden palmo á palmo las escaleras y las entradas cayendo al golpe superior de los enemigos, otros corren desalados en busca de una piedra colosal, de un abismo profundo y de una destructora llama para que los acabe y los entierre por no ver tantas catástrofes. Las mujeres fugitivas andan sollozando en todas direcciones, y los vencedores las cogen

del cabello, las tiran al suelo y las cargan de cadenas tras ofenderlas y desacatarlas. Las madres llevan abrazados los pequeñuelos á su pecho y piden la muerte para ellas con tal que á ellos les dejen la vida. Pirro excita con excitaciones múltiples al asalto, y lo arrastra todo en su furor, más que la inundación, y lo abrasa todo con su cólera, más que el incendio. Los defensores con sus deudos muertos al pie quedan reducidos en su impotente debilidad á mirar en fría estupidez los escombros y los cadáveres cual mira un campesino su vieja cabaña sumergida en las aguas de un río que ha salido de madre. Príamo, cargado con las insignias del combate y del mando, dirígese al doméstico altar alzado en amplio patio, bajo la bóveda del cielo y cubierto por los ramajes de un laurel sagrado. Junto á tan sublimes lares veíanse á Hécuba con sus hijas, semejantes á palomas precipitadas por la tempestad sobre los campos é impedidas de remontar su vuelo, que abrazan á sus diosas, mas ya tan inertes y tan frías como las estatuas á cuyos cuerpos están abrazadas. En esto, poco después de haber llegado Príamo, llega jadeante el postrero y más joven de sus hijos, Polites, á quien Pirro persigue y mata en aquel sitio y en aquel momento, manchando con aquella joven é hirviente sangre la cara de sus dioses, de sus reyes, de sus padres. Príamo en tal ca-

tástrofe aun tiene fuerzas para maldecir al ciego matador, quien le coge, le derriba, le arrastra sobre la sangre de los suyos, entre los clamores de las enloquecidas princesas, y cuando ya lo tiene próximo al ara, le clava su espada en el corazón mismo, á cuyo golpe concluye, no sólo aquella ilustre dinastía, sino Troya entera y la supremacía de Asia sobre los destinos del mundo.

Ni los niños fueron perdonados, para que no pudiese jamás levantar su cabeza la dinastía exterminada. Mientras Príamo acababa sobre las aras de sus dioses, Andrómaca, la viuda severa del heroico Héctor, corría en todas direcciones llevando su hijuelo, apenas destetado, en los brazos, para pedir su salvación, como se debía indudablemente á su inocencia. Lloraba el niño á voces y á desgarradores sollozos, como si el instinto de conservación le advirtiera que ni aun él podía salvarse. Sus manos agarraban el cuello de la madre como el náufrago la tabla; escondíase la cabeza en aquel seno como los hijuelos del nido la esconden bajo las alas maternales. Sólo Héctor, volviendo resucitado del Orco, podía defender y salvar á su hijo de las sentencias infligidas por un hado implacable. Andrómaca no podía hacer otra cosa sino cubrirlo de besos, regarlo de lágrimas, y, cayendo á los piés del vencedor, acordarle cómo fueron niños y tuvieron

madre. Pero la matanza con sus vapores embriaga más que la borrachera, y los griegos cogen al niño sin piedad y lo estrellan furiosos en el ya ensangrentado pavimento. Si esto es de los niños, ¡qué será de las mujeres! El vencedor refina su crueldad, y para más atormentarlas y acrecentar su dolor les respeta la vida. Quedan, pues, las reinas y princesas cautivas. El griego las amontona como fragmentos de sus despojos y las reparte todas en premio á los esfuerzos empleados contra su familia y contra su patria. El arte antiguo, tan armonioso y sereno, hanos dejado en sus melodiosísimas líneas y en sus dechados rientes una excepción luctuosa con estos cautivos, parecidos á una sombra fúnebre y á una elegía en piedra. Yo he visto mil veces en los grandes museos europeos aquella trisísima efigie de Hécuba desolada, que tiende su brazo en demanda inútil de piedad, y vuelve su demacrado y viejo rostro al cielo, preguntándole afligidísima la causa de su abandono, y me ha parecido que aquel frío mármol aun lloraba, como si fuese una imagen de todas las grandezas caídas, de todas las ciudades incendiadas, de todas las patrias muertas, de todas las tragedias históricas. Después de haber sido casi diosa, reina, sentádose bajo un solio, compartido un lecho sacro, engendrado generaciones de príncipes y reyes frigios como no los